

DIOS EN LA POESÍA DE DÁMASO ALONSO

El existencialismo cristiano de Dámaso Alonso

Cada hombre vive dentro de una circunstancia igual que el centro se halla en el interior del círculo mágico o la pupila en el iris del ojo de un hipnotizador. La existencia del poeta Dámaso Alonso transcurre en la pompa jabonosa de un mundo nebuloso provocado por un defecto visual: su miopía. Ésta tara en uno de los sentidos esenciales del hombre - la vista - es la que hace decir al crítico cegatón que arrojó luz sobre uno de los poemas gongorinos más oscuros del Barroco:

Disuélveme, mi tierna miopía,
con tu neblina suave, de este mundo
la dura traza, y lábrame un segundo
mundo de deshilada fantasía

La capacidad de ver (en griego “teoría” significa “visión”) se ha identificado siempre con la inteligencia y la ceguera o la oscuridad con el mal, la ignorancia y el supersticioso oscurantismo de las épocas que viven en tinieblas. Las ideas o conceptos son figuras o formas sólidas que destacan sus perfiles bien delimitados sobre un fondo que les sirve como telón. Claridad, enemiga de la confusión que hace pardos a todos los gatos en la noche oscura del alma sin estrellas. De ahí que el poeta, deseando tener la agudeza visual del águila que se arroja certero sobre la presa y atrapa con sus dos “ojos-garra” el mundo de las cosas reales, exclame estos versos:

Yo quiero
los límites estrictos de las cosas,
porque tú las hiciste así, duras, cortadas,

limitadas por líneas testarudas , que gritan “Soy”
“Yo soy”.

Las cosas “son”, “existen”, están allí fuera de nuestra mente, arrojadas como objetos o problemas reales; ellas se hacen presentes al hombre que las hace “ser” en su mundo y “es” también junto con ellas, unido indisolublemente a ellas por hilos sutiles en la realidad radical de su vida única. Dios es el “matemático dibujante” que traza todas las formas y el contorno de las figuras reales en el universo

hasta la última línea que divide
lo creado y la nada

Y así como Juan Ramón, el andaluz universal, le pedía a la Inteligencia que le diese “el nombre exacto de las cosas”, el poeta Dámaso Alonso hace también este ruego a Dios:

Mi inteligencia insomne
anhela parecésete:
dame la maravilla,
la dura precisión
del mundo que has creado

Desde muy pronto la imagen del poeta será la de un profesor universitario de cráneo redondo y unos ojos “oscuros y pequeños” detrás de unas gafas redondas que, de no tener patillas, semejarían unos “quevedos” como aquellos que lleva el conceptista “prensador del pensamiento” enemistado con aquel clérigo cordobés al que, según su mejor intérprete, “furia estética agiganta”...

La miopía temprana del joven poeta o la vista cansada del anciano (la presbicia de los presbíteros) precisa para gozar de la “precisión de mundo” el auxilio de un bastón, el sostén de unas lentes o cristales complementarios que corrijan el desenfoque de la naturaleza caída en desgracia como un ángel sublevado. Pero una lente biconvexa, al doblar los rayos del sol obligando a esos dardos de luz a converger en un foco (la voz “foco” tiene la raíz del fuego) provoca la “llamarada roja”, símbolo del ocaso o destrucción en la poesía de Dámaso:

Tal si yo encierro,
 a través de una lente,
 en pequeñita caja,
 todo el fuego del astro de la vida,
 allí se reconcentra, diminuto,
 tanto que la materia arde.

Y concluye el diáfano razonamiento metafórico con estos versos translúcidos que culminan casi con un sacrificio humano que eleva hasta la nube el olor grato a Dios:

Sí, mi intuición de Dios
 es muy pequeña,
 mas
 cuando yo pienso "Dios",
 allí, en pequeño foco,
 representado está mi Dios inmenso,
 y me escuece,
 y me abrasa.
 La carne se me abrasa,
 y el alma casi vuela, como un humo
 azul hacia el azul

Más tarde, cuando hablemos sobre el tema de la muerte, volveremos a fijarnos en este cristalino poema de la misma manera que los rayos del sol son devueltos por el espejo como si jugasen con la superficie una partida de frontón.

Pero aquí y ahora, de momento, la única y verdadera víctima de la inmolación lírica del verso - carne abrasada - es la razón humana:

Oh, tiranía.
 Oh, centro de mi mente.
 Oh, prisionera imagen de mi Dios.
 Aniquíladme, borrad mi inteligencia:
 donde "Dios" refulgía sólo habrá un gran vacío.

La "idea" de Dios, como la forma sagrada custodiada en el sagrario de la mente, se encuentra alojada en "los oscuros arcos del cerebro". Quien lanza al aire de la plaza pública el grito de "Muera la inteligencia" es un

sacrílego, un loco o acaso un bruto irracional que desea llenar el gran socavón dejado por la muerte de Dios con millones de cadáveres putrefactos que se marchitan sin tener ni siquiera la esperanza de abonar el huerto del Señor ni hacer florecer “los grandes rosales del día, las tristes azucenas letales” de las noches...

La mente creada del hombre es - nos dice el poeta - “el único continente capaz de lo increado”. ¿Qué clase de tirano es aquel que encierra en un pequeño rincón del cerebro la causa última de las cosas, un ser infinitamente más grande que todo lo existente? ¿De dónde le llega al hombre - ínfimo gusano - la oscura noticia de Dios? ¿Qué clase de lente es aquella que permite enfocar a Dios, ver a nuestra razón limitada lo que no tiene ningún límite ni orillas y es como un lago invisible, por los siglos de los siglos, siempre a la vista humana? En todas estas preguntas implícitas en el hondón del verso late en silencio el argumento ontológico de san Anselmo que Descartes desempolva para servil como aval a su magna empresa de reconstruir todo el edificio de la filosofía desde los cimientos del “*Cogito, ergo sum*”.

Hemos visto que la mente humana concentra, como una lente biconvexa en un foco, la idea magna de Dios. En ese centro - celda de torreón o punto de ignición de la llama de amor viva - la inteligencia tirana, soberana del reino de las cosas, guarda bajo celosa llave a su mismo soberano: la causa última. Ahora bien, los instrumentos ópticos no sirven solamente para observar con mayor nitidez los objetos tendidos, como bañistas en una toalla o placa de vidrio, sino también para velar las cosas, ocultar al ojo con pudor su más íntima realidad. Unas gafas de sol, con sus cristales ahumados; una sombrilla o parasol, una mano tendida horizontalmente en la frente despejada como una visera, todo ello tiene como su fin una función paternal, protectora del sentido más amado y necesario para el hombre:

Se me quedó en lo hondo
una visión tan clara,
que tengo que entornar los ojos cuando
intento recordarla.

A Dios se le ve sólo con la intuición del alma aunque se ponga la luz bajo el celemín. El Dios de los filósofos - la "idea" de Dios - es el humo gris, la sombra enorme que proyectan todas las cosas del universo reflejadas en el espejo por la deslumbrante luz divina. ¿Será acaso la neblina del miope Dámaso como una gasa protectora de la herida fatal, un filtro o velo que protege al poeta de la insolación de quien mira insolente a Dios cara a cara?

Dios a mí (como a niño que a horcadas
alza un padre, lo aúpa sólo al pecho
antes, porque el gran ímpetu no tema)

me veló la estructura de estas nadas,
para - a través de lo real, deshecho -
auparme a su verdad, a su poema

Una torre, como aquella de Siloé, se desploma aplastando a unos obreros; un autobús se sale de la calzada embistiendo contra un árbol: sangre, más sangre, el mundo es una herida de sangre. ¿Qué hace aquí este menudo insecto, ese monstruo del hombre, larva mísera en este valle de lágrimas, en el océano inmenso que llena gota tras gota el dolor humano? ¿No hará falta velar también los ojos infantiles del niño inocente para que no descubra antes de tiempo las consecuencias terribles del pecado original? Sí, cualquier padre toma a su hijo en brazos, a horcadas sobre el pecho, para que no vea tanta sangre derramada... La sustancia de la vida está llena de accidentes.

En cierto poema (¿recuerdo autobiográfico o solamente ficción literaria?) relata Dámaso Alonso una excursión en coche de unos camaradas casi adolescentes, tres jóvenes "aguiluchos" mostrando ya apenas en el mordaz pico su atrevimiento estético, la pluma incipiente del escritor novel que luego se posara firme sobre el papel para escándalo de las generaciones más viejas. El automóvil desciende las curvas de una colina cubierta por

la blanca nieve en la que un sol reverbera. Uno de aquellos mozos, el más joven, reconoce en las alturas al Padre águila inspeccionando con sus ojos penetrantes el territorio, volando en círculos, trazando espirales o dibujando en el aire líneas zigzagueantes (¡ay, ese *zig-zag* que presagia negros augurios!). Y alzando uno el dedo, como para dar una respuesta o señalar una figura en la pizarra, gritan todos al unísono:

“¡Huy, mira! ¡Mira, mira!...

¡Qué alegría ver las cosas - árboles, pájaros, monte - desvelándose con la luz matinal o marchar cansinas hacia su lecho nocturno con jirones de luz roja caída, derrotada, caminando hacia el ocaso abrumadas y heridas para volver a dar de nuevo la batalla al alba siguiente!

De pronto... ¡Tragedia! Las ruedas del automóvil patinan en la nieve derretida por los tibios rayos del sol...

¡Freno! Un zig-zag
horrible, cuando el mundo borrosamente gira,
con vueltas, vueltas, vueltas:
¡Ah! Desfondado mundo
entre astillas o sombras profundas. Nada. ¿Nada
O Dios?
Sombras y nada. Nada: sombras.

Tal vez la historia del accidente - el nacimiento de esa tragedia - remonta hasta la juventud del poeta, pero la sustancia del poema está escrita en la madurez de la cima del monte o acaso ya en el lento declive. Dámaso Alonso - poeta, crítico y filólogo - conoce perfectamente las vicisitudes lingüísticas de la palabra “Nada”. Como la voz “nadie” (“no ha nacido hombre” -*ome nado-*, en oraciones negativas), “nada” - *res nata* - procede del verbo “nacer” igual que “nato” o “naturaleza”. Así la expresión “¿Nada o Dios?” del poema trágico encierra de un modo subliminal, con la exclusión de un tercero, la divisa del monismo panteísta de Spinoza: “Dios o Naturaleza”. Debemos optar entre la creencia o la incredulidad, la materia eterna o el Espíritu de Dios. Y como la visión binocular funde en una

sola dos imágenes distintas, el par de frases “Nada o Dios” y la frase hecha “Todo o nada” se sobreponen en una ecuación doble que resuelta hace de Dios la totalidad. Todo es Dios.

Aquellos mozos o aguiluchos no se han hecho en el percance “nada”, algunos rasguños apenas. ¿Nada? Nada, salvo uno de ellos, el más pequeño, que se ha hecho “algo” y aún “algunos” en los dos ojos. Acostado en el terraplén yace el benjamín del grupo y cuando recobra la conciencia...

... ambas manos se lleva
a los ojos, palpándolos. Los frota, los aprieta
Cual si quisiera hundirlos en sus cuencas. Nos
Grita:
“¡No puedo ver, no puedo veros! ¡No veo nada!
¡Dos míos, que no veo, que no veo nada!”

Quien se frota los ojos – signo de incredulidad – pretender limpiarse las legañas, las cataratas que le nublan la visión. Ver para creer, creer para crear. ¿Estoy soñando que no veo? El más joven de los muchachos se ha quedado ciego y estar ciego es “casi” como estar muerto o enterrado en la vida sin poder embriagarse con los colores suaves o chillones... Otra vez: ¿Muerto? No, casi...

Vamos a cubrir los ojos de la cara con un velo tal como hizo el discípulo de cierto filósofo griego para mostrar a los marinos, temblorosos como las olas, la explicación racional de un eclipse de luna que los mantenía amarrados al puerto con el ancla de la superstición. Y ahora cerremos también la doble ventana de los oídos... ¿Hay alguien allí... “detrás del gris”, ya sea esta mancha grisácea que destaca sobre un fondo negro el gris de la corteza cerebral – allí donde está metida la idea de Dios – o el gris de la ceniza de los muertos incinerados o el gris de la losa de una tumba olvidada en un cementerio? Y una mano invisible, los dedos de una mano ectoplásmica, nos conducen como la soga a la vaquilla hacia la puerta de salida. Sí, privados de la vista y del oído, aún nos queda como último reducto de la sensibilidad animal – último fortín de la vida humana – el sentido del tacto que nos religa con el conjunto del universo:

Estoy vivo y toco.
Toco, toco, toco.
Y no, no estoy loco.

Hombre, toca, toca
Lo que te provoca:
Seno, pluma, roca

¡Ah, el poeta - ventrílocuo de Dios - no está loco aunque la sabiduría de Dios se tome como una necedad por aquellos que se tienen como sabios en el mundo!

Aristóteles - patrono de los escolásticos medievales - tenía razón esta vez frente a sus adversarios racionalistas. Si el león que ruga al clavarle un rey asirio la flecha en el corazón es solamente una máquina ¿no será también Fray Luis de León otra fiera menos salvaje, otra máquina desalmada que clama solitaria en la noche como un tocadiscos elevando el volumen de su ruido impersonal hacia un cielo donde nadie escucha? ¿Será la voz ciega del músico Salinas como un disco de vinilo cuyo surco sigue mecánicamente la aguja como un buey mudo cavando su propia fosa? Existe un alma animal que aúlla de dolor igual que un hombre herido y hasta las plantas mismas tienen un alma vegetal, un impulso vital que les hace moverse tercamente siempre hacia arriba buscando la luz como los hombres que aborrecen las sombras:

¿Te quebraré, varita de avellano,
te quebraré quizás? ¡Oh, tierna vida,
ciega pasión en verde hervor nacida,
tú, frágil ser que oprimo con mi mano!

He aquí una versión poética del hombre como una "caña pensante". La metáfora pascaliana pretende aunar en un mismo yugo la grandeza del pensamiento y la miseria o fragilidad del junco humano al que cualquier pequeña tormenta puede hacer naufragar. La base real de la imagen es evidente: la flexible columna vertebral en cuyo interior, como el fuego latente robado por Prometeo a los dioses y escondido dentro del tallo de una planta, se encuentra la médula espinal que transmite las sensaciones nerviosas al

cerebro a través de un mecanismo de neuronas similar al juego de “pásalo”. Cortad ese hilo raquíptico, esos haces de células nerviosas, y la sensibilidad del animal desaparece como una barca que se adentra en el mar al soltarle el ancla que la mantiene unida al muelle.

Y bien: ¿Quién no ha desgajado una ramita verde para ver su “dulce pulpa estremecida” o no ha pisoteado alguna vez una negra cucaracha o hormiga? Potestad del ser superior en la escala o jerarquía biológica es conceder o perdonar la vida que únicamente él puede destruir:

Mas no; te dejaré... Juega en el viento,
hasta que pierdas, al otoño agudo,
tu verde frenesí, hoja tras hoja.

Ya en la prehistoria existían “bastones” de mando. Y la vara, sea ésta la de Moisés o la del alcalde de Zalamea, es un símbolo del poder que administra la justicia: con la vara que midas serás medido... El poeta, casi un perdonavidas, respeta la vida vegetal de la varita de avellano porque conoce bien el dicho evangélico de Jesús al tres veces negador Pedro: “*Quien a hierro mata...*”.

Dame otoño también, Señor, que siento
no sé qué hondo crujir, qué espanto mudo.
Detén, oh Dios, tu llamarada roja

Todo el misterio de la vida se encierra en la resistencia a perderla, en ese ímpetu inconsciente que nos lleva como un mandato a “perseverar en el ser”. ¿Acaso no tienen también las bestias un instinto de conservación que las empuja a salir huyendo de la quema? Cualquiera náufrago – esa imagen tan querida por Ortega – se aferra como un desesperado a la tabla de madera con la esperanza de salvación.

... No, no me digas
que soy náufrago solo

como esos que de súbito han visto las tinieblas
 rasgadas por la brasa de luz de un gran navío,
 y el corazón les puja de gozo y de esperanza.
 Pero el resuello enorme
 pasó, rozó lentísimo, y se alejó en la noche,
 indiferente
 y sordo.

Como una antorcha, la cruz del mástil de una fragata - faro en la tiniebla - infunde la esperanza en el corazón del hombre que lucha a solas contra las olas. En el velo negro de la noche, como en una tela de un traje de luto, se abre un desgarró, un roto, una rendija de luz similar a la de un buzón que esperase un mensaje, una carta de respuesta a una botella lanzada al mar... ¡Ah, pero ese barco, como el Ser Supremo de los filósofos deístas, no se cuida del hombre por medio de su providencia, pasa de largo sin intervenir, sin acudir en auxilio, sin apercibir siquiera al hombre náufrago aferrado a su tabla con la interjección de las manos. ¡Oh, desesperanza! El barco se aleja indiferente y sordo.

También al cerrar los ojos abiertos de los muertos se dibuja esa línea finísima del horizonte, esa rasgadura o grieta que divide la inmanencia del mundo de la trascendencia divina (¿o acaso solamente el ser de la nada?). En el poema "Preparativos del viaje" - título significativo- nos dice el poeta:

Ojos abiertos, desmesurados en el espanto último,
 ojos en guiño, como una soturna broma, como
 una mueca ante un panorama grotesco,
 ojos casi cerrados, que miran por fisura, por un
 trocico de arco, por el segmento inferior de las
 pupilas.

No hay mirada más triste.
 Sí, no hay mirada más profunda ni más triste.

Ah, muertos, muertos, ¿qué habéis visto
 en la esquinada cruel, en el terrible momento del
 tránsito?

Como la mirada de los ciegos - dejemos a un lado, como provisionalmente falso o no demostrado, el eufemismo compasivo de "invidentes" - los ojos del muerto nos desconciertan. ¿Ven acaso ellos algo que nosotros no vemos, algo que existe más allá del muro cubierto de culos rotos de botella que nos impide echar una mirada al otro lado de la existencia?

El hombre - monstruo entre monstruos - ni siquiera puede ver dentro de la mirada opaca de otro hombre, un extraño, una isla misteriosa aislada en su radical soledad ensimismada y de la cual apenas el lenguaje articulado sirve como barca de enlace para saltar inciertamente desde una pregunta a su respuesta:

Todos los días rezo esta oración
al levantarme:

Oh Dios,
no me atormentes más.
Dime qué significan
estos espantos que me rodean.
Cercado estoy de monstruos
que mudamente me preguntan,
igual, igual que yo les interrogo a ellos.
Que tal vez te preguntan,
lo mismo que yo en vano perturbo
el silencio de tu invariable noche
con mi desgarradora interrogación.

Los ojos de otros hombres son misteriosos pozos de luz rodeados de sombras, igual que esos otros miles de estrellas enjambradas que nos miran desde el cielo cual si fueran mudas espectadoras en la noche. La bóveda celeste - "pozo de alto bullir" en el que cada estrella es una burbuja solitaria, un átomo de hervor - es el brocal desde el que se asoma el Creador para contemplar a su criatura. Pero el hombre solo puede mirar a Dios desde su altura de hombre. De ahí que Dámaso Alonso invierta la perspectiva y, como la imagen volteada formada en la retina o la cámara oscura de una máquina fotográfica, ponga boca abajo al inmenso iceberg:

Yo interrogo a tu abismo desde el suelo.
 ¡Oh, doble pozo oscuro! ¡Oh, doble hondura!
 Tú, pozo sideral; yo, pozo humano.

Pascal se aterrizzaba al contemplar, como entre dos fuegos cruzados, el universo de lo infinitamente grande y el universo de lo infinitamente pequeño. Sin embargo, el hombre - un microcosmos - es un abismo superior al que nos muestra el microscopio, el escalpelo del cirujano o los dibujos anatómicos de Vesalio. Detrás de la cúpula celeste - pozo sideral - está Dios, pero en el interior del hombre, más íntimo, más dentro de nosotros que nosotros mismos, se halla también el Autor del "doble pozo oscuro".

Anteriormente hemos visto que "la idea" de Dios se encerraba en el centro de la mente humana y, como en una poderosa lente, hacía converger en un foco, un punto que condensa lo real en el cono de su embudo, todos los haces luminosos del universo alumbrando así la antorcha de un fuego místico que enciende en holocausto humano la llama de amor viva. Y el poeta concluía el poema lanzando señales de humo que dejan intuir al lector la llegada del tren a su destino, la estación final: la muerte:

La carne se me abrasa
 y el alma casi vuela, como un humo
 azul hacia el azul.

Desde lo alto de la lírica damasiana veinte siglos de poesía se contemplan. Una legión de poetas - latinos o en *roman paladino* - ha trabajado sumando sus esfuerzos y las manos para levantar la imagen de esa pirámide o cuña vertical cuyo vértice apunta con el dedo alzado hacia el Creador de los cielos: el alma vuela, más allá de las nubes, como un humo azul que asciende hacia el azul... El hijo vuelve junto al padre que lo engendró siendo el alma de la misma naturaleza espiritual que la del Autor que da y quita la vida.

"*Que van a dar en la mar, que es el morir*", nos recuerda la estrofa manriqueña identificando la existencia

humana con los ríos que fluyen, esos “caminos andantes” como dirá luego el jansenista Pascal con frase digna de figurar entre las greguerías ramonianas; y el moderno Juan Ramón ve en el mar... otro cielo alternativo, “un cielo caído”, como un ángel rebelde. El alma azul – las miles de vidas vertidas en el mar – vuelve a casa, a la morada del Padre celestial, ascendiendo como nube etérea al azul empíreo tachonado de estrellas. Pero, además, el catedrático-poeta Dámaso Alonso conoce muy bien como crítico aquel soneto de Quevedo dedicado a cantar el Amor que triunfa sobre la Muerte, esas “*médulas que han gloriosamente ardido*” dejando cenizas, sí, más cenizas llenas de sentido, “*polvo, mas polvo enamorado*”. ¿Acaso no lo prueba con razón suficiente el siguiente cuarteto de Dámaso evocador del verso clásico “*Alma que a todo un dios prisión ha sido*”?

Hombre es amor, y Dios habita dentro
de ese pecho y, profundo, en el se acalla;
con esos ojos fisga, tras la valla,
su creación, atónitos de encuentro.

El hombre es hechura de Dios, pero también su voluntario límite, ese minúsculo punto del universo – yo – donde Dios se detiene y complace frenándose a sí mismo para respetar la libertad humana aunque ésta se desvíe del camino recto que lo conduce hacia su Creador. Yo – esto es: tú, él, nosotros -, cada hombre concreto, es “ribera de Dios, junto a sus olas grandes”. Sin embargo, el fondo del alma cristiana del poeta se asusta ante el peligro de la osadía humanista – “atrévete a saber” – detrás de la cual asoma siempre su hocico la rebeldía de Prometeo o la astucia malvada de la serpiente. Y Dámaso, humilde, retrocede:

No, Dios mío, tú, todo: la ola y la ribera.
Yo sólo, el junco verde que los vientos agitan
en tus orillas grises.
Yo, afirmación delgada
-ah, pero concretísima-, terca en su verde: verde
sobre el gris infinito.

Otra vez el junco, la ramita de avellano, la delicada “caña pensante” del rival del filósofo Descartes en el pensamiento barroco. Pero ahora la caña, el junco, la vara, no pretenden ser solamente el símbolo de la debilidad del hombre, la evidencia de su fragilidad, sino ofrecimiento sincero de ayuda en la tarea de evangelizar un mundo que ha proclamado su mayoría de edad y la muerte de Dios:

Yo soy tu junco. Yo quise ser tu báculo.

Y el poeta nos evoca entonces su piedad infantil en la que soñaba con ser un héroe que triturase sobre el trillo a los herejes, francmasones, al impío Voltaire, a Lutero y, por supuesto, ya en clave interna, al radical don Alejandro Lerroux. Evidentemente, reconoce Dámaso, se trataba del sarampión pasajero de un alma tierna, casi adolescente: “un estadio imperfecto”. Luego comprende que a los heterodoxos no se los quema en la pira carnicera sino que la luz sobrenatural de la fe debe abrir una vía secreta en el corazón o destapar con la razón natural los ojos legañosos del incrédulo para que la “idea de Dios” arda también en el centro de su mente aunque no abraza la carne mortal. Si santa Teresa decía que Dios se hallaba entre las ollas de cocina, Dámaso Alonso piensa que la verdadera poesía - a sabiendas o con desconocimiento- es siempre religiosa por su naturaleza íntima aunque no siempre lo sea de manera manifiesta por su tema. El poeta es un vocero de Dios, un espejo que refleja la belleza de la mujer, la indignación ante la injusticia que se yergue como una sombra negra desde el fondo del abismo o la fealdad grotesca de una mosca envenenada que se retuerce dando pequeños saltos previos al gran salto de la muerte. En todos los versos el arco y el hito es Dios:

Y aquí - diré -, Señor, te traigo mis canciones.
Es lo que he hecho, lo único que he hecho.
Y no hubo ni una sola,
en que el arco y al mismo tiempo el hito
no fueses tú.

Pero el poeta comprende que la voz de sus canciones no es sino el eco o remedo de la voz divina, el reflejo del gran espejo de su Dios igual que Platón nos dice que las cosas supuestas como reales son copias modeladas sobre la realidad de las ideas. La mente humana - nos había dicho el poeta - era el "único continente capaz de lo increado". Ahora bien, no solamente la idea innata de Dios se halla alojada en el cerebro humano, sino todo un mundo de fantasía que es como una segunda creación. El hombre es colaborador del Creador en su magna obra, "creación creando":

Yo, Dámaso, cual Dámaso. Pequeño
 agente, yo, del Dios enorme, cuando
 pienso, obro, río. Creación creando
 le prolongo a mi Dios su fértil sueño.

Cuando Dámaso - realidad concretísima - piensa (luego, existe) lo que hace, además de elaborar ideas o representaciones mentales, es actuar, operar en el escenario del mundo sobre las cosas reales igual que el escultor labra o talla la piedra o la madera. El poeta, con sapiencia verbal, recurre al doble sentido encerrado en el vocablo "río". Tomado como verbo - yo río - expresa el movimiento de la risa, esa acción conjunta de las mandíbulas y de la garganta propia únicamente de los seres humanos y de algunas hienas con forma humana; pero, considerado un sustantivo - el río - señala también la corriente fluvial que se abre paso creando un cauce singular hasta desembocar en el mar. Cada río es distinto, distinto incluso de sí mismo en cada instante, que arrastra nuevas aguas como el hombre se carga de nuevas preocupaciones. *"Nadie ("salvo los muy pobres", dirá un chistoso poeta moderno) se baña dos veces en el mismo río"*. Y esa anfibología del vocablo - risa o corriente fluvial - solamente es posible en dicho contexto porque el poeta Dámaso, cual Dámaso - un "yo" entre otros "yoes" - nos habla en primera persona con su misma voz subjetiva igual que hace el solitario Descartes en su autobiográfico *"Discurso sobre el método"*. El poeta afirma en el cuarteto del soneto: *"cuando pienso, obro, río"*. Y bien: ¿piensa, obra y ríe de su

obrar? ¿O el pensamiento es fluencia temporal, curso, discurso operante?

La historia de la filosofía occidental puede resumirse en el combate dialéctico, sostenido durante veinte siglos, entre dos grandes facciones rivales: los partidarios del movimiento, con Heráclito a la cabeza, y los defensores de la permanencia, que se encomiendan al patrón Parménides. ¿Existe contradicción de veras entre muerte y vida? ¿O ambas cosas son las dos caras - anverso y reverso - de una misma moneda unidas dialécticamente como la tesis y la antítesis? Hablando de tú a los muertos que nos oyen de lejos (o no oyen ni de cerca) dice el poeta a los difuntos en unos versos que son la palinodia de otros anteriores en los que pedía arrogantemente la eternidad para la belleza de una muchacha:

Ah, pero vosotros no podéis vivir, vosotros no vivís: vosotros sois.
Igual que Dios, que no vive, que es: igual que Dios.
Sólo allí donde hay muerte puede existir la vida,
oh muertos inmortales.

¿Vivir, ser? ¿Esencia, existencia? La muerte, a la que ni el mismo hijo unigénito de Dios puede sustraerse, es el mismo pórtico de la inmortalidad que nos promete la fe en Cristo, ese anhelo de sobrevida que alienta profundamente en la poesía damasiana tal vez con una angustia existencial más clara y serena (o menos vacía de esperanza cristiana) que la dolorosa cruz de espinas que hace gritar en solitario al vasco Unamuno.

Vamos a concluir ya este breve ensayo - ninguna glosa mejor que la propia lectura de los poemas - deteniéndonos en una parada importante, una estación esencial en la trayectoria existencial del poeta Dámaso Alonso. Me refiero al poema que se titula "*Mujer con alcuza*". Se trata de un largo poema, tan largo como un rosario de vagones de un fantasmal tren vacío que sirve como símbolo de la existencia humana. ¿Hacia dónde camina ese tren misterioso donde no va nadie y que no conduce nadie? Con un ritmo marcado por las repeticiones, el poema alegórico avanza lentamente, dando vueltas de

manera obsesiva sobre el misterio de la existencia humana, como un tornillo girando sobre sí mismo mientras entra cada vez más profundamente en su hueco labrando su propio túnel de oscuridad. En cada instante o etapa de la vida humana - una sucesión de minutos ininterrumpidos - la existencia es solamente eso:

... una solitaria estación
 un lugar
 señalado en las tres dimensiones del gran espacio
 cósmico
 por una cruz
 bajo las estrellas

La mujer con su alcuza (esa aceitera que recuerda tanto el atributo de la diosa griega de la sabiduría como a las vírgenes prudentes del evangelio) camina encorvada, como una guadaña, desgastando las losas casi como un sepulcral fantasma en medio de un cementerio lleno de cruces:

Abriendo con amor el aire, abriéndolo con delicadeza
 exquisita,
 como si caminara surcando un mar de cruces, o
 un bosque de cruces, o una nebulosa de cruces,
 de cercanas cruces,
 de cruces lejanas.

Cruces, cruces, cruces... No sabemos si oímos el repiqueteo monótono de una campana tocando a muerto en el día de difuntos - recientes o antiguos, de "*cruces lejanas*" - o acaso el traqueteo constante y obsesivo de las ruedas de ese tren simbólico que avanza rumiando en círculo la misma pregunta sin respuesta dejada en silencio colgada en el aire:

noches y días,

días y noches,
 noches y días,
 días y noches,
 y muchos, muchos días
 y muchas, muchas noches.

La cruz - esa cruz que marca nuestra posición en un mapa - es también el símbolo matemático de la incógnita en la ecuación, la encrucijada del álgebra de la existencia: "*¿qué camino tomaré?*", escribe Descartes en su cuaderno copiando un conocido verso latino. Dámaso Alonso no afirma aquí abiertamente que la cruz del cristianismo sea "el camino, la verdad y la vida", pero... ¿acaso no lo insinúa varias veces en el conjunto de su obra poética? En uno de sus primeros poemas nos dice:

Mas me perdió la poca fe
 de mi cantar.
 Entre onda y cielo naufragué.
 Y era un dolor inmenso el mar

Si tuviéramos los hombres verdaderamente una fe sólida en la resurrección de la carne mortal, caminaríamos sobre las aguas como Jesús sin hundirnos como náufragos "entre onda y cielo". Sin embargo, como el marinero del romance, el secreto de la canción de Cristo únicamente se revela... "*a quien conmigo va*". Los muertos entierran siempre a los muertos.

Cuando al traspasar la raya del horizonte de la vida Dios le pida cuentas al miope poeta sobre lo que ha hecho - o dejado de hacer - en este valle de lágrimas - esas pequeñas gotas de dolor vertidas en la tierra para que vayan al mar - el poeta de la "poca fe" en su cantar nos dice:

...¡Voy a caer!
 Pero el Padre me ha dicho:
 "Vas a caerte,
 abre las alas".

¿Qué alas?
 Oh portento, bajo los hombros se me abrían
 dos alas,
 fuertes, inmensas, de inmortal blancura.
 Por debajo icuán lentos navegaban los orbes!

Pero ¿quiénes son esos ángeles salvadores que se lanzan al rescate del pecador Dámaso, temeroso de hundirse en el abismo, como aquellos otros seres alados que debían proteger al Señor en su caída libre según las tentadoras palabras del diablo en el desierto?

Eran aquellas alas
 lo que ya me bastaba ante el Señor,
 lo único grande y bello
 que yo había ayudado a crear en el mundo.

Y eran
 aquellas alas vuestros dos amores,
 vuestros amores, mujer, madre.
 Oh vosotras las dos mujeres de mi vida,
 seguidme dando siempre vuestro amor,
 seguidme sosteniendo,
 para que no me caiga,
 para que no me hunda en la noche,
 para que no me manche,
 para que tenga el valor que me falta para seguir
 viviendo,
 para que no me detenga voluntariamente en mi
 camino,
 para que cuando mi Dios quiera gane la
 inmortalidad
 a través de la muerte,
 para que mi Dios me ame,
 para que mi gran Dios me reciba en sus brazos,
 para que duerma en su recuerdo.

La figura doble de la mujer – madre y esposa, como María – es la intercesora del poeta ante Dios, las dos alas que justifican su existencia y le hacen remontar el vuelo como en la imagen platónica del carro llevado por dos caballos alados. No, Dámaso no caerá en el mar como Ícaro ni su poesía puede hundirse tampoco en el olvido de los hombres de poca fe que buscan a Dios entre la niebla. Tanto si el verso expresa el dolor con el áspero y cortante latigazo de verbos enfurecidos como si canta con miel en los labios sensuales el goce del amor y el placer de los

sentidos, la poesía de Dámaso brota siempre de una fuente clara, cristalina como el agua pura de un manantial situado en la montaña más alta del mundo:

¡Qué has de entenderme turba farisea!
La ebriedad de mi sangre busca un lago
final: embriagarme en Dios un día.

Desde hace varias décadas nos acompaña en la tierra la canción fluida del poeta Dámaso Alonso junto a otros ríos humanos llamados Pedro, Juan, Carlos, Pablo... todos ellos ríos que corren desde el bautismo en las aguas simbólicas del Jordán hasta el mar Muerto.

Santa María, madre de Dios, ruega tú también por el alma de Dámaso, quien hizo llegar a sus lectores una chispa del amor divino envuelta como un regalo tuyo en su poesía.

Pablo Galindo Arlés, 3 de febrero de 2015